

que D. Fernando, «como quiera que amaba mucho a su mujer, pero dábale a otras mujeres»...; juzgando con esta libertad, que llega hasta ponderar la entereza de la reina en los trances del alumbramiento de la vida íntima de los soberanos, a cuyo servicio estaba como leal vasallo y veraz cronista.

Casi todos esos claros varones, caballeros o prelados, conservan una cierta rudeza primitiva. La cultura no ha ahogado aún en ellos a la Natura. Así, el conde de Haro, el de los ojos bizcos y las cervices torcidas, ingenio tardío y seguro, hombre justiciero, que murió anciano penitente, en el monasterio que fundara en la su villa de Medina de Pomar; así, el marqués de Santillana, excelente poeta, agudo y discreto, que tenía gran copia de libros de cosas antiguas y peregrinas, pero era tan entero que no sufría que, ni por grave infortunio, un caballero derramase lágrimas sino a los pies del confesor: así aquel conde de Alba, esforzado en la guerra, gracioso en sus fablas, que con treinta de los suyos, en un portillo, contuvo durante varias horas a un ejército moro; así don Juan Pacheco, maestro de Santiago, gobernador prudente, hombre de verdades, que en edad de mozo tuvo seso y autoridad de viejo; así, D. Rodrigo de Villandrando, hijo de un escudero, mancebo de muy recia fuerza «e la catadura feroce», que fué aventurero y salteador en Francia, hasta que por el ímpetu de su espada contra los ingleses y borgoñones, mereció casar con princesa de la sangre real de Borbón, y que fué señor de veintisiete villas; así D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo a los veintitrés años, prelado, guerrero y alquimista, alma insaciable, quien, si la vida respondiera al corazón que él tenía, ficiera grandes cosas...

Hay una frase que Fernando del Pulgar repite constantemente para definir el carácter y el espíritu de estos famosos varones. «Era omme esencial...» Hombres esenciales eran, en efecto; naturalezas fértiles en todos los impulsos vitales fundamentales. Nuestra civilización ha adelantado enormemente en lo accidental y accesorio; hemos enriquecido el pensar, cultivado el sentir, sutilizado el querer, multiplicado nuestros medios materiales y nuestras técnicas psicológicas o mecánicas. Pero de qué pocos contemporáneos nuestros podríamos decir con el viejo cronista: «¡Era hombre esencial!»

Vivíase en otros tiempos en una más franca, libre e inmediata intimidad con las cosas radicales de la existencia: el nacimiento, la generación, la muerte, la ambición, el instinto de lucha, la gloria... La cultura actual

se avergüenza un poco de estas realidades primarias. Los espíritus se afinan y ornamentan a la par que se debilitan. Poniendo unos con otros en parangón, tan pronto los antiguos nos parecen niños como los modernos se nos antojan viejos.

Momentos hay en la Historia en los que se realiza la feliz conjunción de Natura y cultura. Son aquéllos—Atenas, el Renacimiento—en que las artes y las ciencias, los goces de la mente, los anhelos ideales, comienzan

a florecer sobre un rudo tronco de humanidad todavía silvestre y primitivo. Aún conservan las pasiones su sencilla potencia, como en los personajes de Shakespeare, y ya aparece la aurora luminosa de una civilización. Antes no había más que barbarie. Después no habrá sino artificio y decadencia. «Hombres esenciales», caracteres de bronce, anuncian ya un siglo de oro.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid)

Glosas

BRANLY

TORRES desiguales de Saint-Sulpice, tan dulcemente amarillas en el aire perla de las ocho y media de la mañana; negra fuente de Visconti, donde el agua, blanca y diserta, rememora, mejor que las cuatro estatuas, la noble elocución de los grandes predicadores franceses; ventanas municionadas del Seminario, que disteis paso a los suspiros de la angustia metafísica de Ernesto Renán; rue Bonaparte, rue Honoré Chevalier, rue Madame, recogidas, clericales y provincianas; y tú, rue Vaugirard, que en tu peregrinación exasperada y populosa hacia los inexplorados Issys, pareces conservar siempre el eco de una canción, por haber oído al nacer la voz rumorosa de la fuente Médicis, vosotras supisteis de todos nuestros ardores y de todos nuestros temblores ante el misterio de la ciencia, cuando los años de febril aprendizaje en París. Tú lo sabías, patio del Instituto católico, color de acero pavonado, con tus árboles tan nerviosamente sensibles al giro de las estaciones, y la puerta negra tras de la cual el padre Peillaube guiaba nuestros primeros pasos en el estudio de la psicología de las imágenes, y las ventanas blancas, a través de cuyos cristales fisgábamos al pasar, deseosos y temerosos a la vez, en guisa de amante pacato, de que llegara a encontrarse allí la figura venerable de M. Edouard Branly, inventor del principio teórico de la telegrafía sin hilos.

Allí estaba, en efecto, a veces. Su laboratorio tenía para nosotros un no sé qué de acuario, donde muebles, instrumentos, hilos parecían en cierto modo perder consistencia, y algunos moverse lentamente y flotar—rocas, madréporas, algas—en una especie de calígene verdosa. En medio de la maraña profusa, el sabio, con sus lentos movimientos y viradas, con sus manos vibrátiles y como ociosas, con el pelo blanco indeciso y las bolsas seniles de

las mejillas y las pupilas claras y semi-muertas, tras de los redondos cristales, recordaba también a un pez—a uno de esos raros peces preciosos, bigotudos, canos, albinos, gelatinosos, por regiones, hasta la transparencia, y casi ciegos, que en los viveros de las grandes colecciones oceanográficas vemos misteriosamente llevar, desde una alcoba de penumbra hasta un baño de polvorienta luz, el tedio nobiliario de ser allí ejemplares únicos en su especie, dejando, de tarde en tarde, ascender hasta la superficie del agua una burbujita de aire; redonda—que no podemos saber si es un pensamiento.

La consigna era dejar en paz a aquel solitario. En paz le han dejado también, tras de las ventanas y de las cortinas del laboratorio, respetando a la vez su trabajo y su pudor, los años y los acontecimientos, las guerras y las mudanzas, las curiosidades y aun los honores... Hoy, M. Branly frisa en los ochenta. Este último 7 de junio se ha celebrado en el palacio del Trocadero una gran fiesta jubilar en su honor. Ganosos de realzar el brillo de la solemnidad con la asistencia personal del glorioso físico, atreviéronse antes los organizadores a aquello mismo a que no nos atrevimos los estudiantes férvidos de hace quince años: a llamar a la puerta del laboratorio. El sabio les recibió y accedió. Sólo tuvo una objeción que oponer: «¡Esto—dijo—me llevará tres horas!»

Tres horas fuera del acuario; es decir, tres horas atroces de no respirar.

VERNON LEE

LA notoriedad creciente de Vernon Lee revela el grado de madurez que va alcanzando la reacción intelectualista contemporánea. Nuestros esfuerzos de revisión sobre el legado intelectual del «Fin-de Siglo»; es decir, de los epígonos del XIX, han encontrado, en el delicioso autor de *Euphonia*, a un tiempo que un abogado de